

JORGE ACEVEDO GUERRA. *Heidegger: existir en la era técnica*. Ediciones Universidad Diego Portales, Santiago, 2014, 438 págs.

Ha sido editado el año pasado el libro del profesor Jorge Acevedo, *Heidegger: existir en la era técnica*. Está compuesto por una colección de dieciséis trabajos escritos en distintos momentos, que, de una u otra forma, se enlazan con el tema que da título a la obra. En todos ellos, se reflexiona, en definitiva, acerca de nuestro existir actual, en esta era técnica en la que vivimos, tomando como referencia los planteamientos de Heidegger, fundamentalmente, pero también de Ortega, Zambrano, Soler o Holzapfel, y a través de ellos, de Leibniz, Jaspers o Caillois.

Si hubiera que resumir toda la obra en una frase, diría que se trata de una obra en la que el profesor Acevedo nos invita a filosofar, esto es, a desenvolver nuestro pensar meditativo sobre el ser y sobre nuestra existencia. A través del libro podemos, sin duda, acercarnos a Heidegger y a los demás pensadores mencionados, pero, sobre todo, el autor nos requiere, nos interpela acerca de nuestra existencia y nos convoca a la filosofía. Para empezar, nos enfrenta con la cuestión de si es posible y de qué modo co-estar en la era técnica. Lo cual no es fácil de hacer porque si eso nos empuja a hablar de lo que debe ser dicho (pues es la forma de llegar a ello) también nos obliga a hacer cara a lo que no se puede decir (pues trasciende todo lenguaje).

Desde el primer capítulo (‘¿Qué es filosofía?’) se ponen en diálogo dos formas de habérselas con el mundo. Una, la que nos es ofrecida e inculcada desde un mirar técnico-científico; la que está dirigida por un principio de razón calculadora¹; aquélla en la que el ser aparece como posición-total (*Ge-stell*) y se corresponde con una forma de verdad (de verdad como des-encubrimiento) que es pro-vocante y se manifiesta en el dominio total, en el poder absoluto del hombre sobre el mundo (Acevedo, 2014: 33-34) y sobre el hombre; aquélla para la que hay recursos (humanos o no), medios eficaces y objetivos útiles y perentorios; aquélla para la que el mundo está a nuestra dis-posición, vale decir, a la mano, pero también (y precisamente por ello) alejado de nuestras manos y de nosotros mismos (cerca pero no cercano). Aquélla, en fin, que corresponde a un habitar inauténtico, deficitario.

Afirmar eso no significa, empero, que el tal modo de mirar sea, sin más, vituperable. En el libro hay, desde luego, una apuesta por otro modo de pensar (por el pensar, a secas), al que nos referiremos luego, pero eso no supone una aniquilación de todo lo proveniente del ámbito científico o técnico. El pensar (o no pensar) científico no es desechable por sí. No se trata de menospreciar todos sus productos y, en definitiva, lo que nos ha permitido estar donde estamos y ser como somos. Se trata, por el contrario, de saber precisamente dónde estamos y por qué. Se trata, para empezar, de pensarnos aquí y ahora; es decir, de pensar la esencia de la técnica moderna y sus implicaciones².

¹ El capítulo VII (‘En torno al principio de razón suficiente’) lo dedica el autor a examinar el pensamiento de Heidegger sobre Leibniz en relación con dicho principio.

² Como aparece en el capítulo XI (‘Meditación acerca de nuestra época: una era técnica’).

Se trata de tomar conciencia del modo de presentarse los objetos, en función de su utilidad y a nuestra disposición, a disposición del hombre dominador; se trata, en fin, de asumir el pensar calculador que acompaña a esta forma de comprensión del mundo, que se instala desplazando y, al cabo, desdeñando, ese otro pensar meditativo. Desde este punto de vista técnico-científico, todo es instrumento, elemento para la producción, fuente de información (también el lenguaje, también el hombre mismo). Todo, decíamos, queda a la disposición; también el espacio, que se disloca; también el tiempo, que se comprime. La rapidez, la sincronía, que permiten llegar al objetivo propuesto, son también producto de ese cálculo asegurador, que nos sitúa al lado de las cosas, pero no cerca de ellas; que nos pone las cosas a nuestra mano, pero fuera de nuestro alcance. En suma, recuerda Acevedo (2014: 317), la esencia de la técnica moderna es la imposición; imposición de una determinada manera de ver el mundo, que es también imposición de una forma de no ver el mundo. Y he ahí el peligro. Inmersos en la visión técnica y sus imposiciones corremos el riesgo de olvidar el pensar meditativo que nos permite dar cuenta de la cuaternidad (tierra, cielo, mortales, dioses) y nos pone en contacto con el ser de las cosas, con su esencia. Y debemos estar alertas porque, ciertamente, estamos siendo llamados a recuperar la unidad del ser, que se encuentra escindido a causa de esta imposición, a causa de ese pensar que es, en definitiva, un no pensar.

En efecto, diríamos con Heidegger, la ciencia no piensa³. Entiéndase bien, desde luego piensa, y piensa bien, desde la razón calculadora. Piensa y piensa bien, y basta ver todo aquello de lo que hemos sido capaces los seres humanos en el terreno científico y técnico. Pero precisamente ése es el problema, pues no es el caso que ese pensar haya permitido acercarse al ser auténtico de las cosas; que haya permitido a las cosas ser libremente y desplegar su esencia. De ahí que tenga sentido decir que la ciencia no piensa; que no piensa el ser. Ciertamente, su pensar no es el pensar filosófico; y no menos cierto es que no necesita serlo; o más aun, que justamente por no serlo ha podido desarrollarse tal y como lo ha hecho. La ciencia, en la medida en que es ciencia, se muestra incapaz de alcanzar el ser. Pero no se le escapa la esencia del ser por error o incapacidad; es más bien que la deja escapar porque no forma parte de su tarea ocuparse de ello. No ha asumido la labor de ocuparse de la cuaternidad del mundo, del juego del mundo, de la unicuadridad del ser, que nos interpela y nos requiere.

En cambio, ésa es, precisamente, la tarea del pensar meditativo, no calculador, en que consiste la filosofía. Ésa es la labor de la otra forma de pensar a la que nos referíamos antes; la que nos exige un esfuerzo, una reflexión vigilante, para corresponder a la llamada del ser de una manera diferente, nueva y más rica. Como indicábamos más arriba, no piense el lector que lo que se propone con esto es la denigración de la técnica o de la ciencia. Nada de eso. Lo que se afirma, por el contrario, es la necesidad de contar con la ciencia y de pensar ese nuevo modo de habitar que corresponde al ser y que permite conjurar los riesgos del pensar calculatorio y dominador. A lo que nos invita el profesor Acevedo es a reconocernos como seres dispuestos afectivamente y

³ Ese es el tema del capítulo XII ('La frase de Heidegger *la ciencia no piensa*').

a atender y cuidar un estado de ánimo alejado del cálculo que nos impone el mundo técnico⁴. Nos invita a descubrir el ser como un des-ocultar provocante y a cultivar el pensar meditado, que permite que la esencia del ser se manifieste en libertad. “El pensador –dice (Acevedo 2014: 36)– tiene que dejarse tocar por la múltiple suscitación alentadora o llamada (*Zuspruch*) del ser, estando alerta a ella, acogiénola, llevándola a palabras, protegiéndola y reteniénola en la memoria”. Eso es la filosofía; que somos nosotros en nuestro existir, pues existimos en la verdad del ser, en “una correspondencia (*Entsprechung*) con el Ser del ente” (Acevedo 2014: 26). Y es desde ahí desde donde cobra sentido preguntarse por el resultado de la correspondencia técnico-científica y por la necesidad de propugnar un nuevo habitar (genuino) que permita y acoja al ser; que haga posible que el ser se despliegue en su plenitud y proteja ese despliegue inmerso en el cuadrante⁵; que nos permita estar en el mundo, es decir, ser con las cosas, y albergar y proteger la cuaternidad: salvar la tierra, acoger el cielo, guiar a los mortales, esperar a los dioses⁶.

Pero es así que este habitar genuino o auténtico (el estar en la verdad y permitir el descubrimiento del ser) solo cabe en tanto que somos seres caracterizados por la apertura, capaces de trascender el ente en su verdad óptica hacia la verdad ontológica (y no hacia la verdad axiológica, que es un camino desviado y estéril)⁷; seres capaces de emplear una razón entendida como logos, una razón lúdica, una razón poética. Porque de eso se trata. De una razón entendida como logos, que permite ser en su esencia (frente a la razón calculadora, que se apodera de las cosas, las violenta y las hace ser en vez de dejarlas ser)⁸. Esa es la razón con la que el hombre desvela y se desvela, es decir, descubre, hace patente y destapa lo que se ocultaba, y pone cuidado y atención en eso que tiene a su cargo. Es la razón amorosa y solícita, la razón expectante, pero también cuidadora y liberadora. Es, como decíamos, la razón lúdica y la razón poética.

Porque, en efecto, ‘juego’, nos dice el autor en otro lugar (Acevedo 2014: 217), es la palabra referida a los enlaces de los elementos del cuadrante; la que recoge el ser mismo en su cuaternidad⁹. El habitar auténtico del hombre (el habitar formando parte

⁴ Tal y como se trata en el capítulo VI (‘Disposición afectiva y existencia’).

⁵ Para lo que debemos empezar por pensar la misma palabra ‘techné’; lo que no significa embarcarse en una labor de indagación etimológica sino desarrollar una tarea de búsqueda –a través de la palabra– de todo aquello que quedó olvidado; para empezar, supone tomar conciencia de la ‘techné’ en su relación con la verdad, que es des-ocultamiento.

⁶ Tal como se expone en el capítulo III (‘Fenomenología y experiencia’), la fenomenología experiencial guía el pensar meditativo en un viaje ontológico hacia el ser del ente, produciendo una reducción, que es también construcción (descubrimiento) y deconstrucción (o destrucción) de todo lo que nos impide llegar al ser.

⁷ Estos son los asuntos desarrollados en los capítulos IV y V (‘Verdad originaria como apertura (doce tesis acerca de la verdad)’ y ‘La verdad originaria –apertura- y el concepto de valor’).

⁸ Este es el tema del capítulo X (‘Razón y logos. Heidegger y Ortega’).

⁹ De ahí la conveniencia de hacer un examen crítico de la razón lúdica. Acevedo lo hace de la mano de Holzapfel en el capítulo VIII (‘Acerca de la razón lúdica’).

de la cuaterna, cuidándola) es una forma de ponerse en juego; una manera de trascender el principio de razón suficiente para alcanzar el lugar en el que éste no es; el lugar de lo que no tiene fundamento; el lugar de la libertad. Y el lugar de la poesía, nos dice con Zambrano¹⁰; de la poesía que permite des-ocultar el sentido de la cosa; que deja que esta se despliegue y muestre su esencia¹¹.

Es aquí es donde tiene cabida la ética y la educación. Porque la ética no es sino ese genuino habitar el ser, de ser con las cosas; esa forma de pensar el ser en la cuaternidad; ese modo de estar en nuestro lugar, en nuestra casa. Y a eso debe estar orientada la educación. Enlaza con esta comprensión de la ética el planteamiento que realiza el profesor Holzapfel en *Conciencia y mundo* y *Ser y universo*¹². En dichas obras, nos recuerda Acevedo, Holzapfel presenta una ética histórica y social; una ética de la autenticidad y una ética de la “predisposición al retiro de los valores y las valoraciones”, que nos invita a ser lo que somos y a proyectarnos desde esa autenticidad (en la manifestación de los valores) hacia los otros. Una ética, en fin, abierta, integral y negativa, que permite el despliegue del ser mismo en libertad y hace posible el habitar del hombre en la cuaternidad (tierra, cielo, mortales, dioses), al que nos venimos refiriendo.

De todo esto nos habla el profesor Acevedo. Pero nos dice más, y es aquí donde creo que debe hacerse hincapié. Si he entendido bien al autor, lo más importante es que nos ofrece todas estas reflexiones como materiales para nuestra existencia, la de ahora y la de cada uno de nosotros. Precisamente, se cierra el libro con una reflexión sobre mayo del 68 y el Chile de comienzos de nuestro siglo¹³. Acevedo nos advierte: Si podemos pensar que poco se pudo hacer en el año 68 (he ahí la crítica severa de Sartre), no hay que olvidar que ello se debió en buena medida al hecho de haber estado inmersos en este modo técnico de ver el mundo, guiado por el principio de razón. Y esa advertencia debe valernos, sobre todo, para hoy. Porque, recogiendo el título del trabajo de Heidegger, de lo que se trata es de construir, de habitar y de pensar (no necesariamente en este orden) esta realidad nuestra que nos ha tocado en suerte vivir¹⁴. Se trata, sobre todo, de pensar y de hacer. Y si, con Ortega, puede decirse que nos encontramos en el periodo de la desilusión y la desmoralización, debemos tomar conciencia de ello y preguntarnos qué nos toca hacer y hacia dónde debemos dirigirnos. No es solo un

¹⁰ Véase el capítulo IX (‘La razón poética. Una aproximación (María Zambrano y Heidegger)’).

¹¹ Esta manera de ponernos en juego se muestra claramente en el capítulo XIII (‘La interpretación heideggeriana de la técnica y la historia’) dedicado a la historia. Lo fundamental, nos indica el autor recogiendo el pensamiento de Heidegger, es hacer metahistoria; buscar el sentido del acontecer y penetrar en el sentido del ser, guiado por la meditación histórica. Lo importante es abrirse al secreto, de manera serena, acogedora y protectora, permitiendo que el ser se despliegue libremente, en su esencia.

¹² Se examinan tales obras en los capítulos XIV y XV (‘Conciencia y mundo’ y ‘Una ética negativa desde el pensar de Heidegger’).

¹³ Véase el capítulo XVI (‘Dos momentos históricos: mayo del 68, comienzos del siglo XXI’).

¹⁴ Ese es el asunto que se trata en el capítulo II (‘El meditar de Heidegger y el habitar’).

asunto teórico; es una cuestión práctica urgente y decisiva, porque nos va la vida (y el mundo) en ello. La obra del profesor Acevedo es una perspicaz y penetrante exhortación que es recomendable no desoír.

ÍÑIGO ÁLVAREZ GÁLVEZ
Universidad de Chile